

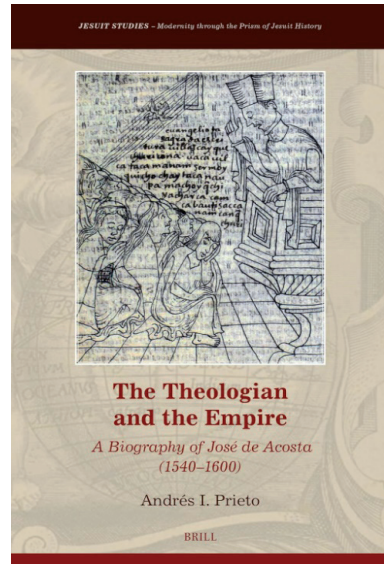
## BIBLIOGRAFÍA

mundo en el que se desarrollaron. La publicación por parte del Dicasterio para la promoción de la unidad de los cristianos del año 2024, titulado “El Obispo de Roma. Primado y sinodalidad en los diálogos ecuménicos y en las respuestas a la encíclica “Ut unum sint” (original en inglés) muestra que este tema todavía tiene un largo recorrido.

Como conclusión solamente señalar que este volumen ayuda en general a percibir que el Vaticano I no fue un concilio tan monolítico y centrado exclusivamente en la infalibilidad papal, como a veces se ha presentado. El concilio tuvo otras preocupaciones doctrinales y pastorales, a menudo eclipsadas por el impacto de su definición más conocida. Ayuda también a plantearse la importancia de la infalibilidad papal en el contexto de los desarrollos eclesiológicos posteriores y a preguntarse si esta enseñanza sigue siendo central para la comprensión de la autoridad en la Iglesia o si se ha convertido en un tema intrascendente en la práctica teológica y pastoral actual. Su enfoque interdisciplinar, combinado con un análisis equilibrado, hace de este libro una referencia muy buena sobre el concilio Vaticano I y su legado. [Diego M. Molina, S.J.]

Prieto, Andrés I. *The Theologian and the Empire. A Biography of José de Acosta (1540–1600)*. Leiden – Boston: Brill, 2024. 412 pp.

La figura de José de Acosta se ubica en la segunda mitad del siglo XVI. Ingresó siendo un muchacho en la Compañía de Jesús, y pronto concibió el deseo de ir a las misiones, ampliando sus horizontes de joven teólogo en España. Tras haber sido enviado a Perú, empezó a conocer la realidad americana, implicándose en las cuestiones misioneras candentes, lo que hizo que pronto fuera nombrado provincial. Convocó una Congregación Provincial que clarificó el rumbo apostólico de los jesuitas, asumiendo las doctrinas o parroquias de indios y más tarde participó en el III Concilio de Lima, antes de volver a España. A su regreso el General Aquaviva lo nombró visitador de la Compañía en España, afectada entonces por el problema del memorialismo. Acosta informó de ello al rey con objeto de tener su beneplácito, ya que Felipe II estaba interesado en poner paz dentro de la Compañía, ante las recurrentes quejas o memoriales que los jesuitas enviaban al monarca y a la Inquisición. Acosta se puso a las órdenes del monarca con objeto de promover la convocatoria de la Congregación General V (1593–1594). La participación de Acosta en la misma estuvo plagada de dificultades. Ello se debió al malestar de sus correligionarios por la precipitación de la convocatoria, realizada por expreso deseo del papa, que se hizo eco de la preocupación regia. Acosta consiguió salir de Roma, con un salvoconducto del Pontífice, y al mismo tiempo debió hacer un



proceso de reconciliación con su orden religiosa, fuertemente molesta por la preeminencia que dio a los deseos del rey en todo el asunto del memorialismo, que, a los ojos de Acosta, quedó finalmente cancelado.

Varias son las biografías que se han escrito sobre este importante actor de los primeros tiempos de la Compañía, especialmente en cuanto a su acción en tierras americanas. Prieto tiene razón al señalar que todas ellas se sitúan ante el Acosta misionero. Los estudios publicados sobre él permiten conocerlo como hombre del Renacimiento, que realiza una síntesis donde abordó campos muy diversos, como el científico, filosófico, teológico, misionero, homilético, y el práctico de hombre de gobierno (algo que aparece claramente en su epistolario). El aspecto original del libro de Prieto es su pretensión de conectar todo su trabajo intelectual, misionero y teológico con el contexto en el que vivió y con el mundo político en el que quiso implementar sus ideas (pág. 3).

El libro se estructura en tres partes. La primera está dedicada a los años de su formación, en la que el autor realiza una buena síntesis, poniendo de manifiesto las razones de su decisión de hacerse jesuita (quizá debido a la aceptación en la orden de descendientes de judíos –pág. 22–) y la formación recibida en Alcalá de Henares, algo que marcó su manera de hacer teología (págs. 56s).

La segunda parte, más extensa, se dedica al tiempo que Acosta pasó en Perú. Acosta llega el 27 de abril de 1572 a Lima, a donde había sido enviado con objeto de aportar una dimensión intelectual al asentamiento misionero. Después de describir en el capítulo tercero su llegada a Lima y los desafíos iniciales en el Perú, Prieto dedica un interesante capítulo al juicio del dominico Francisco de la Cruz (1574–1576), que murió en la hoguera en 1578, condenado por herejía. A mi entender, el capítulo es original y señala al menos alguna de las razones que hicieron evolucionar el pensamiento de Acosta en cuanto a la acomodación de la fe cristiana en las culturas indígenas. Si al comienzo de su estancia en Perú, Acosta todavía aceptaba canciones y danzas nativas, ya en 1590 denunciaba todos los rituales nativos como perversiones demoníacas de los sacramentos y rituales cristianos.

La tercera parte se centra en los años que van de 1584 hasta la muerte de Acosta en 1600. Aunque han sido años considerados menos importantes, el autor muestra que la década que va desde 1584 a 1594 es quizá la que debe ser considerada como la más incisiva de cara a su legado. Es en estos años donde Acosta publica sus dos grandes obras (*De Procuranda Indorum salute* y la *Historia natural y moral de las Indias*), a lo que Prieto dedica el capítulo octavo, y donde se ve inmerso en una serie de conflictos que van a tener una importancia enorme (por un lado el ocurrido entre los jesuitas y la Inquisición en España, en el que Acosta va a intervenir, y la lucha entre el General Acquaviva y Acosta en torno a la crisis de los memorialistas y la Quinta Congregación General de la orden, que son los temas a los que Prieto dedica los dos últimos capítulos del libro).

Para Prieto, que quiere mostrar cómo el contexto político condicionó la labor y el pensamiento de Acosta, esta crisis le proporciona el mejor suelo para su tesis, y ciertamente lo consigue de manera muy satisfactoria. El autor expone bien cómo la experiencia de la necesidad de reforma de la propia orden religiosa, a causa del malestar causado por el memorialismo, trae como efecto colateral que se aireen los orígenes judíos de Acosta, y que ello derive en una impropia

## BIBLIOGRAFÍA

generalización, de que todos los memorialistas eran descendientes de judeoconversos. Acosta, por la imprudencia de ofrecerse ante el Rey, había provocado indirectamente una reacción que pagó cara por las repercusiones que tuvo en la inculturación, debido a que la Compañía de Jesús en adelante no recibió neoconversos descendientes de judíos y musulmanes. En ambas orillas del Atlántico, la cuestión de linaje había conseguido acentuarse dentro del mismo cuerpo religioso que pretendía la evangelización de los indios, a los que los mestizos podrían haber evangelizado con más afinidad cultural. Acosta, que en su obra teológica procuró acercar América con España, a nivel existencial debió experimentar el fracaso, por un exceso de confianza con el Rey. Pues se impusieron las pretensiones regalistas sobre la Compañía, aunque suavizadas en el sentido de dejarle a ella discutir en la Congregación General el modo propio de solucionar el memorialismo. La historia de Acosta es paradigmática de la relación de la Compañía de Jesús con el sistema del patronato, dado que Acosta ha tratado con virreyes en Perú y con el Rey en España y puede entender en primera persona la necesaria concordia entre el sacerdote y el magistrado, que defenderá en su obra misionológica al hablar de la relación con el poder civil. En la mente de la época, era evidente que muchas de las provincias de la Compañía de Jesús estaban bajo la monarquía española, y que la introducción de la Compañía en América se había producido por obra del mismo Rey Felipe II años atrás. El que la Compañía estuviera en el Nuevo Mundo no le permitía actuar de modo arbitrario en España, bajo el Rey que permitía su misión al otro lado del océano. Por eso, el conflicto memorialista ha de ser leído, no solo en términos de ofensión de la Inquisición española, sino desde la clave geoestratégica de los lugares donde la orden religiosa de Acosta deseaba contar con la benevolencia real, es decir, en el terreno misionero.

He aquí el telón de fondo que latía en el contexto de la disputa, aparentemente inocua, sobre si la Compañía de Jesús en el conflicto memorialista había de ser visitada por externos a la misma, o por sus propios religiosos. Felipe II no estaba dispuesto a permanecer pasivo. Acosta estaba convencido de que, de no conseguirse una solución satisfactoria, la Compañía en los reinos de España al menos, se expondría al peligro de una visita de externos. En ello se veía una amenaza a la identidad de su orden religiosa. La cuestión no era fácil, dado que el Rey, a una con la Inquisición, no deseaba que ninguna de las órdenes religiosas en suelo español tuviera privilegios con relación a las otras órdenes, que asumían como cualesquiera otros súbditos la patria legislación.

En definitiva, el libro de Andrés I. Prieto es una aportación significativa en la profundización de la obra de José de Acosta, especialmente en el descubrimiento de los condicionantes políticos donde se produce, mostrando cómo para Acosta ser súbdito de la monarquía española y miembro de la Compañía de Jesús era algo, que no solo no debía llevar a tensiones, sino que podía combinarse de manera natural. [Diego M. Molina, S.J.]